

XXXV PREGÓN OFICIAL DE
SEMANA SANTA
DE LA LÍNEA DE LA CONCEPCIÓN.

MARÍA LUISA GÓMEZ ALMANSA.

TEATRO DEL COLEGIO SALESIANO "SAN JUAN BOSCO".
LA LÍNEA DE LA CONCEPCIÓN, A 7 DE ABRIL DE 2019.

¡Di, mi niña!

¿Qué te pasa?

Tienes carita de pena,
Y tu mirada es amarga,
Vas arrastrando los pies,
Como, si andar te costara,
Y, con lo joven que eres,
Ya caminas encorvada.
Te cuesta hasta respirar,
Porque, te duele en el alma,
La desidia, el abandono,
Con el que siempre te pagan,
Tienes un nudo perpetuo,
Que, te ahoga la garganta.
¡Ay, qué dolor de mi niña!
¡Tan solita y maltratada!
Siempre, has sido la mocita,
Con derecho de pernada,
De gobiernos que, te tratan,
Como a la falsa moneda,
Que de mano en mano pasa,
Más, ninguno se la queda.

Y para colmo añadido,
En la miseria del hombre,
Te han crecido en las entrañas,
Ovejas descarriadas,
Que van manchando tu nombre,
A golpes de narco lanchas,
Y han urdido una maraña,
Con la que sacar partido,
Para llenar bien sus arcas.
No hagas caso a lo que dicen,
Esas bocas deslenguadas,
Voceros oportunistas,
De televisiones vanas,
Que, te ponen como ejemplo,
De lo peorcito de España.
Tú, mi niña, sabes bien,
Que aquí somos biennacidos,
Personas de buen hacer,
Linenses comprometidos,
Por cada garbanzo negro,

De los buenos, somos cien.
Lo que pasa, niña mía,
Es que hacen más ruido,
Aquellos que impunemente,
Desafiando las leyes,
Se van al dinero sucio,
Para vivir como reyes.
Y mientras tanto, en silencio,
Como si nada pasara,
Vamos llevando la vida,
De una manera abnegada,
Los normalitos de a pie,
Eso sí, sin hacer nada.
Pues gritemos ¡Basta ya!
Que se entere el mundo entero,
Ya no se puede aguantar,
Tú, mi niña, lo mereces,
Porque aquí está nuestro hogar,
Nuestros padres, nuestros hijos,
Nuestros nietos, nuestra gente.

Pero, no te pongas triste,
¡Anda y lávate esa cara!,
Que hay tantas cosas bonitas,
Para poder presumir...
Quédate aquí, a mi verita,
Que te las voy a decir.
Pues... mira, precisamente,
Lo mejor tuyo es tu gente,
Que es pa' quitarse el sombrero,
Acogedora, agradable,
Hospitalaria y amable,
Porque aquí, no hay forastero,
Simplemente, compartimos,
Todo aquello que tenemos.
Una gente que es tenaz,
Laboriosa, diligente,
Afanosa y persistente,
Hartita de trabajar,
Para ganarse su pan,
De una manera decente.

¿Qué nos gusta disfrutar?
¡Pues Claro! ¡Faltara más!
Que ya es bastante penar,
Los reveses de la vida,
Que vienen, como a hurtadillas,
Sin llamarlos ni avisar.
Por eso, niña querida,
Aquí, sabemos vivir,
De una forma diferente,
Dos eurillos pa´ guardar,
Que, con todo lo demás,
Hay que vivir el presente.
Y es que en ti,
No falta ambiente,
Tienes fiestas Patronales,
De Purísima y celestiales,
Una feria Salvaora,
Del Carmen, Dueña y Señora,
También tienes Carnavales,
Pisando los días cuaresmales,

De la casa Salesiana,
Don Bosco y Auxiliadora,
Una Hermandad de tronío,
Cuando te vas al Rocío,
Que es ejemplo en caravana,
En su paso por Doñana,
Entrañables Navidades,
Y un rosario de Hermandades,
Que un pueblo entero levanta,
Por Jesucristo y Su Madre,
Se llama Semana Santa,
Y ya te encuentro mejor cara,
¡Ay niña, qué guapa estás!
¡Cómo se nota tesoro!,
Que te has ido a refrescar,
A las agüitas saladas,
De las que estas “rodea”.
Pa´ fortaleza la tuya,
Eres joya que hace puente,
Entre los dos continentes,

Siempre en litigio constante,

A la sombra del peñón,

Y aún, pagamos los linenses,

Por aquella concesión,

Paisanos desperdigados,

Por esos mundos de Dios,

Que tuvieron que emigrar,

Por ser la única opción,

Para ganarse un jornal,

Y un futuro mejor.

Puerta a Europa sugerente,

Singular como ninguna,

Por eso, precisamente,

Dos fuertes fueron tu cuna,

Como defensa de ingleses,

Santa Bárbara, imponente,

Vigilaba por levante,

Y San Felipe, a su tiempo,

Oteaba por poniente.

Y entre esas dos orillas,

En grandioso baluarte,
Una línea defensiva,
La línea para guardarte,
A ti, mi España querida,
Y la tomamos, chiquilla,
Por nombre para llamarte.
Sólo falta el apellido,
Y como es bien sabido,
El cuerpo de infantería,
Destacado en guarnición,
Te dejó a su Virgen Santa,
Su Patrona y bendición,
Para gloria y alabanza,
Purísima Concepción.
Inmaculada chiquita,
Tu primera devoción,
Es la Virgen peregrina,
En tus hogares, visita,
Y que con el pueblo camina,
En itinerante oración.

Más, con el paso del tiempo,

Otra imagen se encargó,

La donó el ayuntamiento,

Y Ortega Brú la esculpió,

Con el alma y el talento,

Que quiso darle el Señor.

Y desde entonces, mi niña,

Ella es tu corazón,

Patrona de los linenses,

La más pura y bella flor,

Tu Alcaldesa permanente,

Y Excelsa en Su resplandor,

Por eso, niña, te digo,

Que no es negro tu color,

Que es azul de tus dos mares,

Azul cielo del Creador,

De este rincón con encanto,

Donde Él se recreó,

Azul, como azul el manto,

De La Madre de mi Dios,

Inmaculada de amor,
La celestial mediación,
Entre el Señor y los hombres,
Que nos da Su protección,
Y quiso darte hasta el nombre,
Mi Línea de la Concepción.

Vaya por delante mi agradecimiento más profundo a la permanente del consejo de HH y CC, por confiar en mí para, ocupar hoy este atril que tanto respeto me infunde. Desde aquí, pregonaré la Semana Santa que, es ni más ni menos, que vivir, año tras año, la Pasión de Nuestro Señor y Los Dolores de Su Bendita Madre, por medio de Nuestras Cofradías, dando testimonio público de nuestra fe.

Mi agradecimiento, igualmente, a los magníficos artistas y mejores personas que ponen la nota musical en este acto.

A la casa Salesiana, que nos acoge gustosamente, cada año, a los cofrades linenses.

A todos los presentes, con los que, espero cogermelo de la mano para hacer juntos el camino de La Pasión,

A mi familia, por tener que soportar, otra vez, mis nervios y mis demandas de tiempo y silencio en el hogar que compartimos.

A ti, José Manuel, mi presentador y segundo de los tres hijos que me ha concedido el Señor. Cualquiera de los tres era el candidato ideal para

escogerlo pero, te elegí a ti, mi amor, porque la vida, te puso alas demasiado pronto para volar del nido y cuando apenas tenías 17 años, cerré una maleta entre llantos sabiendo que, a partir de ese momento, tus derroteros profesionales te llevarían lejos, Así fue. Y a pesar de la alegría que supone que tu hijo consiga las metas que se propone, también se me clavaba en el corazón la cama vacía y la añoranza. Me tenía que conformar con los abrazos y besos que te daba en la distancia. Pero ahora, estas aquí. Has vuelto a tu casa, a tus costumbres, a tu cultura, a tu amor al flamenco a las tradiciones de nuestra tierra y a tu Semana Santa, de la que me consta que eres un enamorado. Dejaste en este paréntesis del tiempo de ser casi un niño y vuelves hecho un hombre, con el corazón enamorado de tu bella, nuestra bella italiana Manuela y con la semilla de ese amor plantado en su vientre que, te ha dado ese brillo especial en la mirada. Por todo eso y por tus palabras muchas gracias mi vida.

Y por último, y no por ello menos importante sino, todo lo contrario, (recordemos que los últimos serán los primeros), Gracias a Dios por hacerme una mujer feliz. Feliz por todo lo que me ha dado y me da en la vida. Mis padres, mis hermanos, mi marido, mis hijos, mis hijas, que no me gusta decir políticas sino de corazón y la bendición de mis nietos, Pedro y Manuela a los que adoro y el que está por nacer al que se quiere sin conocer ni su sexo, ni su carita ni su nombre. A ellos, a mis nietos, dedico este pregón, con la ilusión de que cuando sean lo bastante mayores para leer estas líneas, sepan que su abuela, los quiere a morir.

Reverendo padre D. Francisco de Paula Roldan Jurado, Arcipreste de la Ciudad,

Reverendo padre de esta casa salesiana D, José Antonio Perdigones
Bautista,

Excelentísimo Señor Alcalde, D. José Juan Franco Rodríguez,

Señor presidente de la permanente del consejo de HH y CC, D, Juan José
Correa Santos,

Señor Director de esta bendita casa Salesiana que hoy nos acoge, D, José
Domingo Anzano Lacarte,

Dignísimas autoridades,

Hermanos Mayores y Juntas de gobierno de las distintas HH y CC,

Señoras y Señores,

Queridos cofrades,

Cuando se abre el hermoso cielo de la primavera, con la luna grande y misteriosa del parasceve de Nisán, al cristiano cofrade, nos entra un nerviosismo inconfundible que nos avisa de que ya todo comienza de nuevo. Y es que, en torno a esta primera luna llena de la primavera, el mundo cofrade se transforma porque, es el símbolo inequívoco de que reviviremos la historia de amor más grande jamás vivida. El amor de Dios.

Y esa luna, la misma que estuvo presente en el alumbramiento de Jesús en aquel humilde establo de Belén, la que contemplamos hoy día, asombrados por su belleza, será eternamente testigo de Su nacimiento y también de Su Pasión, Muerte y Resurrección.

Pero, la luna, siendo mágica y maravillosa, necesita del sol para proveerse de luz y vida. Así mismo, el ser humano, siendo la obra más amada y

perfecta de Dios, creado a Su imagen y semejanza, no podrá vivir completo sin llenarse y tomar vida del Señor.

Y así lo entendió María que, no dudó en tomar vida del Espíritu Santo y pronunció aquella aceptación que cambió para siempre el mundo “He aquí la esclava del Señor, Hágase en mí según Tu Palabra”.

(Primer Misterio Gozoso)

El Arcángel San Gabriel,
Trajo un mensaje a María,
Pa’ engendrar al Niño Dios,
Has sido Tú la elegida,
Y sorprendida por ello,
Tan sólo supo decir,
Si es el designio divino,
Hágase Tu Verbo en mí.

(Cuarto Misterio Gozoso)

Según la Ley de Moisés,
Y cumpliendo su mandato,
Fueron a Jerusalén,
Con el Chiquillo en los brazos,
Pa’ consagrarlo en el templo,

Ante los ojos de Dios,
Y todos los que allí estaban,
Vieron en Él al Señor.

Pero, María, era consciente de la misión que tenía el bendito fruto que nació de sus entrañas y aun presintiendo el enorme dolor que padecería Su Hijo amado, volvió a ponerse en manos de Dios Padre “Hágase Tu voluntad”. Y se le clavó en el pecho a María, el primero de sus dolores con las palabras de Simeón en la presentación del Niño en el templo.

“María, Tu corazón será herido,
Pues, de Tu vientre ha nacido,
Para vivir, este Niño,
Desvelando su cariño,
A este mundo descreído.
En la cruz será ofrecido,
Su cuerpo, su juventud,
Un modelo de virtud,
Para nuestra salvación,
Sufriendo la humillación,
Y la humana ingratitude”.

Y ciertamente, aquél chiquillo que había sido adorado por pastores y Reyes de Oriente, también fue perseguido, desde su nacimiento, por Herodes, que sentía amenazado su reino ante el anuncio del Rey del mundo.

Trasladados a Nazaret de Galilea, creció Jesús, ayudando en la carpintería a su padre José, formándose en las tradiciones religiosas y hablando con Su Padre Celestial.

Todos los años, María y José solían dirigirse a Jerusalén para la fiesta de la pascua. Al cumplir los doce años, también Jesús subió de Nazaret a Jerusalén en compañía de sus padres y durante Su peregrinación inicial al templo, reveló Su sabiduría, teniendo lugar Su primera manifestación como Hijo de Dios.

(Quinto Misterio Gozoso)

Estando en Jerusalén,

Con pocos años cumplidos,

Jesús, desapareció,

Y lo dieron por perdido,

Y en el templo lo encontraron,

Dando muestras de saber,

Sorprendiendo a los doctores,

Que vieron Su Gran Poder.

Transcurrió la vida de Jesús en formación constante del Espíritu. Y a la edad de treinta años tomó el bautismo de Juan el Bautista para, comenzar con la predicación de las enseñanzas y la revelación total de un Dios de Amor, compasivo y misericordioso.

Así, el propio Jesús, nos indica la importancia del sacramento del Bautismo. La celebración del bautismo de Jesús completa la epifanía y también da inicio a Su misión. Es el modo en que Él quiere dar inicio a su vida pública. Ese es el bautismo que nosotros tenemos. Es una gracia que, permanece en nosotros y es un don maravilloso porque, nos hace descubrir que cada día podemos renovar nuestro bautismo porque, cada día, renovamos nuestra alegría y nuestra dignidad de ser hijos de Dios. Cada día, podemos actualizar de una forma viva, fuerte, ese don que hemos recibido cuando fuimos bautizados.

Después del bautismo, Jesús, se retiró al desierto durante cuarenta días. El demonio le ofrece el triunfo, el poder y la gloria humana, Pero Jesús supera las tentaciones, Se abandona confiadamente en las manos del Padre. Así, los 40 días de Jesús en el desierto significan, el tiempo necesario para, prepararse a Su misión.

Y nosotros, también tenemos nuestro propio desierto, en la Cuaresma, que es el periodo de preparación, purificación, reflexión y conversión espiritual, tal y como lo hizo Jesús, antes de su salida a la vida pública.

La finalidad de la Cuaresma es prepararnos espiritualmente para recibir a Dios en nuestras vidas, bien por habernos apartado de su camino, o bien para reflexionar sobre los sacrificios que tuvo que hacer Jesús para librarnos de los pecados.

El tiempo cuaresmal es en el que tienen lugar nuestros cultos mediante los triduos, quinaros, vía crucis, exaltaciones, pregones etc., pero además, es un tiempo para reflexionar sobre cada uno de los compromisos que lleva consigo ser cofrade, para responder a la evaluación de la propia fe y la práctica religiosa con la que nos proponemos celebrar la Semana Santa.

Es el tiempo ideal para mirarnos hacia adentro, buscando a Dios.

Después de que Juan fue arrestado, Jesús se dirigió a Galilea. Allí, anuncia el reino de los cielos, que se refiere a la soberanía de Dios sobre la humanidad. “El reino de Dios está presente donde está presente la vida, la reconciliación, el gozo en la alabanza a Dios”

Mientras iba por la orilla del mar, vio a Simón y a su hermano Andrés, que echaban las redes en el agua porque, eran pescadores. Jesús les dijo: “Sígueme, y yo los haré pescadores de hombres”. Inmediatamente, ellos dejaron sus redes y lo siguieron.

Y avanzando un poco, vio a Santiago, hijo de Zebedeo y a su hermano Juan, que estaban también en su barca, arreglando las redes. En seguida los llamó, y ellos, dejando en la barca a su padre, con los jornaleros, lo siguieron”.

Jesús, inmediatamente, convoca a sus primeros discípulos porque, desde el comienzo, quiere crear una comunidad en torno a Él. Los discípulos eran gente de la vida cotidiana de ese tiempo. Los que rodeaban a Jesús, eran trabajadores, humildes. Personas que, habían escuchado lo que Jesús iba predicando y quedaban cautivos de Su Palabra.

La misión de Jesús, tiene un destino universal. Su mandato de amor abraza a todas las dimensiones de la existencia, a todas las personas, a

todos los ambientes de la convivencia y a todos los pueblos. Nada de lo humano le puede resultar extraño a Dios y así lo reveló diciendo: “No es el que está sano el que precisa de médico”.

Jesús, tras haber anunciado el evangelio por lagos, montes y ciudades, llegó a la Jerusalén de La Línea de la Concepción. Llegó precedido de su aura de profeta y se revistió de autoridad pero, con sencillez, requisando un borriquillo que había atado en el Zabal, para entrar a sus lomos. Y entró en la ciudad, por la avenida de Menéndez Pelayo, aclamado como un rey y tendían palmas y mantos a su paso.

(Entrada Triunfal y Alegría)

Ya viene de Salesianos,
Lo murmuran mis paisanos,
Que ya llegó día y hora,
Y de María Auxiliadora,
Llega un rumor con el viento,
Ya se ha cumplido el momento,
Y El Rey, en un borriquillo,
Rodeado de chiquillos,
Tienen al pueblo perplejo,
Querubines de un cortejo,
Los elegidos de Dios,
Porque, así dijo el Señor.

“Que no le falte cariño,
A ninguno de estos niños,
Bendito sea este redil,
Con inocencia infantil,
Por eso, en verdad os digo,
Dejad que vengan conmigo”
¡Vaya cortejo de críos,
Pa’l mejor de los nacíos!
Y Jesús, hace su entrada,
Verde trigo en Su mirada,
Y en Su mano, bendición,
Que enardece el corazón,
Y arrebatara los sentidos,
A todo aquel que ha venido,
Para encontrarse con Dios,
Siempre, un hola, nunca adiós,
Que Él viene para quedarse,
Y aunque lo veas alejarse,
Cuando el paso reviró,
No temas, que no se ha ido,

Porque, jamás nos dejó.
¡Gloria, Alabanza y honor!,
Hay que volver a ser niños,
Al paso del Redentor,
¡Gritad Hosanna, cofrades!
Gritad ¡Hosanna! Y haceos,
Como los niños hebreos,
Gritad ¡Hosanna! Linenses,
Que ya llega el Salvador,
Gloria y honor al que viene,
En el nombre del Señor.

Y la tarde se desmaya,
Como si el tiempo parase,
Un leve rayo de sol,
Se ha colado por la maya,
Y le acaricia la cara,
A la Madre del Señor.
Revoloteo de Hosannas,
Reverberan en el aire,

¡Jerusalén de Alegría!,
Van gritando con fervor,
Porque ya viene María,
Detrás de Su corazón.
Angelitos revoltosos,
Con sus blancas tunicuitas,
Capitas rojas al viento,
Y palmas en sus manitas,
Van loquitos de contentos,
Con esta Madre bendita.
¡Salve Reina de los Cielos!
¡Auxilio de los cristianos!,
No existe nombre más bello,
Para poner en los labios,
Que el que suena, Reina mía,
Cada Domingo de Ramos,
Y un niño pone una estampa,
En la palma de tu mano,
¡Bendita sea esta hora!,
¡Bendita chiquillería!,

Que dice, “tenga señora,

Mi Virgen de la Alegría”

Pero, Jesús, venía para enfrentarse a la hipocresía y a la mala interpretación de la Ley de Dios que hacían los representantes del Templo y lo hizo con todas las consecuencias. Vaticinó su destrucción y reconstrucción en tres días porque, Jesús, se refería al Templo de Su propio Cuerpo que, moriría y resucitaría al tercer día. Denunció el secuestro de Dios por las autoridades religiosas. Pese a su poder persuasivo, apenas intentó convencer a los doctores porque, Su proyecto era radical y requería algo más que unas reformas. No se trataba de depurar una religión sino, de cambiar el tiempo y el concepto de Dios.

La popularidad que Jesús había alcanzado en el pueblo y la manera en que expresaba su rotundo rechazo con el proceder de los representantes religiosos, motivó que estos, empezaran a urdir un plan para apresarlo y deshacerse de tan incómodo enemigo. Y encontraron la forma a través de uno de los discípulos.

Llegada la víspera de la Pascua, El Maestro, indicó a Pedro y a Juan que fueran haciendo los preparativos para la cena Pascual, y así lo hicieron. Cuando fue el momento, Jesús, llegó con los doce para compartir la última cena que El Señor comería antes de su muerte. Y profundamente emocionado les dijo: “¡Cuánto he deseado compartir con vosotros esta cena, antes de que padezca!”, anunciando así que, su final estaba próximo.

Como los discípulos disputaban sobre el lugar de preferencia que debían ocupar cada uno en la mesa, Jesús, dispuso un lebrillo de agua y una toalla y le lavó los pies a cada uno de ellos. Esto, lo hizo, como muestra de

que no hay lugar para la soberbia y el egoísmo en aquellos que pretendan seguir al Señor. Antes bien, la humildad y el servicio a los demás, serán las cualidades que agraden a Dios.

Mientras comían, el Señor dijo que uno de ellos lo traicionaría y lo entregaría. Todos empezaron a preguntar angustiados: Señor, ¿seré yo? Y Jesús les contestó: “Aquél que come de mi plato, ese será el que me entregue”. Y así, señaló Jesús a Judas Iscariote como el traidor que lo entregaría. Y añadió:” Judas, lo que vas a hacer, hazlo pronto”.

Jesús, también instauró el sacramento de la comunión en aquella última cena. Tomó una pieza de pan y, habiendo dado gracias, lo santificó con una bendición y dio una porción a cada uno de los apóstoles, diciendo: “Tomad y comed; Esto es mi cuerpo que, por vosotros es dado; haced esto en memoria mía.” Entonces, tomando una copa de vino, dio gracias, lo bendijo y lo dio a ellos con este mandamiento. “Bebed de ella todos; porque esto, es mi sangre de la nueva alianza que por muchos es derramada para remisión de los pecados. Y os digo que, desde ahora, no beberé más de este fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba de nuevo con vosotros, en el reino de mi Padre.”

Dirigiéndose a los Apóstoles con palabras de cariño les dijo: “Me buscaréis pero, donde yo voy, vosotros no podéis ir. Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado”,

Las palabras del Señor, referentes a su inminente separación de ellos, entristecieron a los Apóstoles. Pedro le preguntó: “Señor, ¿a dónde vas?” Jesús le respondió: “A donde yo voy, no me puedes seguir ahora; pero, me seguirás después”. Y Pedro le dijo: “Señor, ¿por qué no te puedo seguir ahora? Mi vida daré por ti.”

Cuando Pedro, declaró su disposición de seguir a Jesús hasta la cárcel o la muerte, el Señor, lo hizo callar diciéndole: “Pedro, te digo que, el gallo no cantará hoy antes que tú niegues tres veces que me conoces.”

Tomás, el amoroso, valiente, aunque, algo incrédulo discípulo, quería información más precisa y preguntó: “Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo, entonces, podemos saber el camino?” La respuesta de Jesús fue una reafirmación de su Divinidad: “Yo soy el camino, la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí”.

Tras el impresionante discurso dirigido a los apóstoles, siguió una oración elevada al Padre Eterno y cantaron un himno. Luego, salieron de la casa en donde habían cenado, no se sabe con certeza en qué barrio linense, y entraron en un huerto donde había un olivar que era conocido como el Getsemaní de San José.

Jesús, dejó a ocho de los Apóstoles cerca de la entrada, con la instrucción de que orasen y acompañado de Pedro, Santiago y Juan, caminó un poco más adelante. Comenzó a entristecerse y angustiarse y les dijo: “Mi alma está muy triste, quedaos aquí y velad conmigo”. Pero, todos se durmieron. Y apartándose un poco, se arrodilló y rezó diciendo: “Padre mío, si es posible, pasa de mi este cáliz pero, no sea como yo quiero sino, como quieras Tú”.

(Oración y Amor y Rosario)

Te veo venir mi Señor,

Por las calles de Tu barrio,

Y yo Te encuentro a la vez,

Tan divino y tan humano.

En Tu rostro lividez,
Y Tu cuerpo arrodillado,
Porque, presente Tu alma,
Que el sorbo amargo ha llegado.

Un Huerto desolador,
Que el ocaso va buscando,
Y al abrigo de un olivo,
Al Padre Eterno rezando.
El mundo entero dormido,
Y Tú, en el huerto orando.
“¡Padre mío! ¿No hay otra forma,

Para limpiar sus pecados?”

De sangre es Tu sudor,
De soledad Tu quebranto,
Y el Ángel que está contigo,
No puede aliviar Tu llanto.

“Aparta de mí este Cáliz”,

Le dices a Dios rogando,
Pero, hágase Tu voluntad,
Y no la mía Padre Santo.

Y Su Madre, muy hermosa,
Con hechuras soberanas,
Se asoma al huerto buscando,
Al fruto de sus entrañas.
Tintinear de Rosarios,
Contra varales de plata,
De un palio hecho con arte,
Para que allí paseara,
Conmoviendo a todo un pueblo,
La exquisitez depurada,
La Reina de San José,
Getsemaní, que La guarda.
Melodía de bambalinas,
De un rosa que desparrama,
Y embelesa los sentidos,
Y dulcifica la estampa,
De una Madre cuyo Hijo.
Acepta la copa amarga.
En un prólogo de muerte,

De ese dolor pasionario,
Cinco lágrimas resbalan,
Por la cara tan divina,
Del Amor y del Rosario.

(Primer misterio Doloroso).

Jesús decía a Su Padre,
Orando entre los olivos,
Aparta de mí este cáliz,
Que no quiero ser cautivo,
Judas, que Lo había vendido,
Tenía acordada la entrega,
Como señal, sólo un beso,
Y el precio treinta monedas.

Judas, había estado tramando su alevosa conspiración con las autoridades sacerdotales.

Los magistrados judíos juntaron un grupo de guardias del templo y consiguieron una cohorte de soldados romanos al mando de un tribuno. Esta compañía de hombres y oficiales, combinación de autoridades eclesiásticas y militares, salió de noche, con Judas a la cabeza y la determinación de tomar preso a Jesús. El traidor, llevó a la compañía a

la Parroquia de San José porque, conocía el lugar y sabía que, muchas veces, Jesús se había reunido allí con sus discípulos.

Mientras Jesús hablaba aún con los Once, a quienes había despertado con la noticia de que el traidor se acercaba, Judas y la multitud llegaron. Y como señal, se acercó, con una manifestación hipócrita de cariño y dijo: “¡Salve, Maestro!”, y profanó la sagrada cara del Señor con un beso. Jesús, comprendió el significado traicionero del acto y le reprochó: “Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?”

Jesús, se acercó a los oficiales que se hallaban con Judas, y preguntó: “¿A quién buscáis?” Y respondieron: “A Jesús nazareno”. El Señor declaró: “Yo soy.”

Cuando los oficiales se adelantaron y echaron mano de Jesús, algunos de los apóstoles preguntaron: “Señor, ¿luchamos a espada?”

Pedro, sin esperar respuesta, asestó un golpe contra la cabeza de uno de los que se hallaban más cerca y le cortó la oreja. Jesús pidió a sus apresadores que lo soltaran, Se adelantó y sanó al herido tocándole.

Volviéndose a Pedro, el Señor, reprendió su desenfreno y le mandó guardar la espada recordándole que “todos los que toman la espada, a espada morirán”. El Señor continuó diciendo: “¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y que Él no me daría más de doce legiones de ángeles? ¿Pero, cómo entonces se cumplirían las Escrituras?, “Es que, La copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?”. Sin consideración a Su porte sumiso, el tribuno y los alguaciles de los judíos, lo ataron con cuerdas, y preso, se Lo llevaron de allí.

Del Getsemaní de San José, el atado y cautivo Señor, fue llevado a la Parroquia de Santiago, ante el sumo sacerdote Caifás. Allí, los

principales sacerdotes, escribas y ancianos del pueblo se hallaban reunidos en una sesión del Sanedrín, todos, esperando ansiosamente el resultado de la expedición encabezada por Judas. Cuando Jesús, objeto de su odio enconado y víctima predeterminada, fue llevado ante ellos, atado y preso, inmediatamente comenzaron a juzgarlo. Se sujetó al prisionero a un interrogatorio por parte del sumo sacerdote que, preguntó a Jesús sobre sus discípulos y doctrinas. Y el Señor respondió: “Yo, públicamente he hablado al mundo; siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo y nada he hablado en oculto. ¿Por qué me preguntas a mí? Preguntas a los que han oído porque, ellos saben lo que he dicho.”

Mientras Jesús se hallaba ante el Sanedrín, Pedro estaba con los criados. Cuidaba la puerta una mujer joven que dijo: “Tú también estabas con Jesús el galileo.” Pero Pedro lo negó, asegurando que no conocía a Jesús. Se apartó de entre la multitud e intentó pasar desapercibido en la entrada; pero allí lo reconoció otra criada, y dijo a los que estaban cerca: “También éste estaba con Jesús el nazareno”, acusación que Pedro negó con un juramento: “No conozco a ese hombre.”

Hacía frío esa noche abrileña, y se había encendido un fuego en el patio del palacio. Pedro se sentó con los demás alrededor de la lumbre, pensando que, la osadía sería mejor que el comportamiento sigiloso para evitar que lo reconocieran. Como una hora después de sus primeras negaciones, algunos de los hombres sentados alrededor del fuego lo acusaron de ser discípulo de Jesús. ¿No te vi yo en el huerto con él? Pedro declaró por tercera vez: “No conozco a ese hombre.” Al salir de sus labios esta última negación, el canto del gallo llegó a sus oídos y el recuerdo de la predicción de su Señor se desbordó en sus pensamientos. Temblando, al comprender su cobardía, se volvió de la multitud y vio la mirada del

Cristo sufriente, que desde en medio de la turba, dirigió la vista hacia su amoroso y débil apóstol.

Mientras tanto, el incongruente testimonio de unos testigos falsos, fue suficiente para estimular la audacia del tribunal. Entonces el sumo sacerdote le dijo a Jesús: Te conjuro por el Dios viviente, que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios.” Jesús contestó: “Tú lo has dicho; y además os digo, que desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo del cielo.”

Entonces el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras, diciendo: “¡Ha blasfemado! ¿Qué más necesidad tenemos de testigos? Aquí y ahora mismo, habéis oído su blasfemia. ¿Qué os parece?” Y respondieron: ¡Es reo de muerte!”

Jesús fue declarado convicto de la ofensa más atroz conocida entre los judíos. Pese a la injusticia del hecho, el tribunal supremo de la nación lo había declarado culpable de blasfemia.

(Cautivo y Trinidad)

La sogá que ata Tus manos,

Mi dulce Señor Cautivo,

Es vergonzoso testigo,

De los pecados humanos,

Perdona Rey Soberano,

Por lo que hicimos contigo,

Que, siendo el mejor amigo,

El pago fue tan villano.
Yo quisiera, con mis manos,
Poder romper esa cuerda,
Que a todas horas recuerda,
Nuestro perfil más pagano.
Y tenerte tan cercano,
Que pueda arrancar espinas,
De esa corona mezquina,
Que Te puso el pretoriano.
Porque, siempre lo he soñado,
Y en mi sueño compasivo,
Mi Medinaceli amado,
Antes de verte Cautivo,
Yo, ya te había Rescatado.

Y Trinidad, que es la Madre,
De ese Cordero divino,
Está llorando a canales,
Viendo Cautivo a Su Hijo,
Porque, María, bien lo sabe,

Y estaba escrito en Su sino,
Que llorarían Sus ojos,
Como las aguas de un río,
Y se hundirían en Su pecho,
Como Simeón predijo,
La hoja de siete puñales,
Clavados como cuchillos.
Pero Tú, también los sabes,
Hermosísima Azucena,
Trinidad de Santiago,
Que aunque grande sea Tu pena,
En estos días amargos,
Llegará también la hora,
De subir hasta los cielos,
Paraíso donde moran,
El Espíritu, El Padre,
Y Tu Hijo, Santo y Bueno.

Ningún tribunal judío tenía la autoridad para imponer la pena de muerte. La Roma imperial se había reservado este derecho. Por eso, el Sanedrín, llevó a Jesús atado al pretorio de Poncio Pilato, procurador y diputado del Emperador en Judea, que también se encontraba en Santiago.

Pilato, al entregársele el prisionero, preguntó: “¿Qué acusación traéis contra este hombre?” Caifás, contestó: “Si éste no fuera malhechor, no te lo habríamos entregado.”

Y comenzaron a acusarle, diciendo: “Este, pervierte a la nación, y prohíbe dar tributo a César, diciendo que él mismo es el Cristo, un rey.”

Los miembros acusadores del Sanedrín no vacilaron en reemplazar el delito de blasfemia, el crimen de mayor gravedad conocido en el código hebreo, con el de alta traición, que era la ofensa más grave de los crímenes romanos.

La conducta sumisa, pero a la vez majestuosa de Jesús, sorprendió a Pilato y entrando en el Pretorio, ordenó que lo llevaran a su presencia.

Tras haberlo interrogado, no consideró que Jesús fuera una amenaza para el imperio romano. Y el veredicto que pronunció fue: “Yo no hallo en él ningún delito”. Pero, los sacerdotes, escribas y ancianos insistieron diciendo: “Alborota al pueblo, enseñando por toda Judea, comenzando desde Galilea hasta aquí.”

La referencia a Galilea, y siendo Jesús galileo, hizo que Pilato determinara que fuese llevado ante Herodes, gobernador de la provincia, que también se encontraba, en esos días, en el Jerusalén linense.

Cuando Herodes vio al famoso profeta atado y escoltado. Ese, al que tanto había temido desde su nacimiento y luego, pensando que era la reencarnación de Juan el Bautista, a quien había dado muerte vilmente, se envalentonó, se tornó su temor en curiosidad y comenzó a interrogar al Cautivo.

Pero Jesús, guardó silencio, no pronunció palabra.

Completamente resentido, Herodes pasó de preguntas insultantes a hechos de vejación perversa. Con sus soldados se burló de Cristo, le menospreció y escarneció. Entonces, para ridiculizarlo, lo vistió de una ropa espléndida y volvió a enviarle a Pilato. Herodes no halló nada en Jesús que justificara su condenación.

De nuevo ante Pilato, el procurador romano, viendo que no podía eludir la causa, convocó a los sacerdotes, gobernantes judíos y al pueblo y les dijo: Me habéis presentado a éste como un hombre que perturba al pueblo; pero habiéndole interrogado delante de vosotros, no he hallado en Él delito alguno. Ni Herodes, porque, os remití a él. Nada digno de muerte ha hecho este hombre. Le soltaré después de castigarle.” El deseo de Pilato de salvar a Jesús de la muerte fue genuino; pero, su intención de azotar al prisionero, cuya inocencia había afirmado y reafirmado, representaba una concesión infame al prejuicio de los judíos.

Era costumbre de que en la temporada de la Pascua el gobernador perdonara y diera su libertad a cualquiera de los prisioneros condenados que el pueblo eligiese. En esos días se hallaba encarcelado, esperando su ejecución, un preso famoso llamado Barrabás.

Pilato pensó en pacificar a los sacerdotes y al pueblo, soltando a Jesús en cumplimiento de su acto misericordioso esa Pascua; significaría una admisión tácita del juicio pronunciado sobre Cristo en el tribunal eclesiástico, y virtualmente la confirmación de la sentencia de muerte, reemplazada por un perdón oficial. Por tanto, les preguntó: “¿A quién queréis que os suelte. A Barrabás, o a Jesús, llamado el Cristo?”

La turba gritó: “A Barrabás.” Pilato, sorprendido y enojado, preguntó: “¿Qué haré entonces de Jesús, llamado el Cristo?” Todos gritaron. “¡Sea

crucificado! Y el gobernador les dijo: Pues ¿qué mal ha hecho? Pero ellos gritaban aún más, diciendo: ¡crucifícalo!”

Entonces Pilato, lavó sus manos ante la multitud declinando toda responsabilidad, diciendo: “Inocente soy yo de la sangre de este justo, Allá vosotros” y entregó a Jesús a los soldados para que lo azotaran.

La flagelación era el terrible preliminar de la muerte sobre la cruz. El instrumento de castigo era un flagelo de muchas correas emplomadas, en el extremo de las cuales se colocaban fragmentos de huesos.

(Segundo Misterio Doloroso)

Para no verse manchado,
Con sangre de un inocente,
Pilato lavó sus manos,
Y echó la culpa a la gente,
Vosotros los habéis querido,
Le dijo a la muchedumbre,
Y mandó que lo azotaran,
Según la vieja costumbre.

(Flagelación y Estrella)

El peso brutal de la injusticia.
Azota y desgarras Tu figura,
Y no quiebras, en nada, Tu hermosura,

Ni el desprecio, ni el odio o la malicia.
Tu sangre es semilla que acaricia,
En un surco sangrante de ternura,
Y en cada latigazo de locura,
Brotó el cáliz que será nuestra delicia.
Serena dignidad en Tu mirada,
Y grabada en Tu piel hecha pedazos,
La crueldad feroz y despiadada.
Pilatos, el cobarde, apura plazos,
Y sentencia a "La Verdad" que es flagelada,
Desgarrando Tu carne a latigazos.

En el rostro de La Estrella,
Se refleja un sufrimiento,
Y en silencio y sin lamento,
Por ser celestial doncella,
Llora esta Madre tan bella,
A causa de la injusticia,
Y en Su cara, ajada y mustia,
Nos muestra Su palidez,

Y nos enseña a la vez,
Su corazón dolorido,
Sin tenerlo resentido,
A pesar de tanta pena,
Soportando la condena,
De ver sufrir a Su Hijo,
Mirando Sus ojos fijos,
Ese cuerpo desgarrado,
Nunca, nunca nadie había llorado,
Como va llorando Ella,
El dolor de La Pasión,
Son los ojos de La Estrella.

(Tercer Misterio Doloroso)

De purpura lo vistieron,
De espinas lo coronaron,
Y como cetro de reyes,
Una caña le entregaron,

Y consintió con nobleza,
Las burlas y humillaciones,
¡Qué ejemplo para los hombres!
Del que otorga los perdones.

Poncio Pilato sucumbió a las demandas de los judíos y dio la orden fatal. Jesús, fue despojado del manto púrpura y vestido nuevamente con sus propias ropas y fue conducido por los soldados, para ser crucificado. También sacaron a dos malhechores, sentenciados al suplicio de la cruz por el crimen de robo, a fin de ejecutarlos al mismo tiempo.

La sentencia de muerte por crucifixión requería que, el condenado, cargara la cruz sobre la cual iba a padecer. Jesús, inició el penoso camino con la cruz a cuestas pero, la espantosa tensión de las horas anteriores, la agonía en el Getsemaní de San José, el salvaje trato recibido en el palacio del sumo sacerdote, la humillación y crueldades infligidas en la corte de Herodes, la terrible flagelación administrada por orden de Pilato en Santiago, la brutalidad de los soldados inhumanos, junto con la extrema humillación y agonía mental de todo aquello, había debilitado su organismo físico de tal modo que, apenas podía moverse lentamente bajo el peso de la cruz, a pesar de Su Gran Poder.

Los soldados entonces, se valieron de un hombre que volvía de sus faenas del campo llamado Simón el Cireneo.

(Gran Poder y Los Ángeles)

Me conmueve Tu rostro delicado,
Y Tus ojos y Tu boca sin lamento,
Soportando mansamente el sufrimiento,
Con Tu Cruz para ser crucificado.
Es, verte con Tu pie adelantado,
Es, sentirte caminar lo que me lleva,
A querer redimir con ansias nuevas,
Todo el peso que Te pesan mis pecados.
Es, soñarme cirineo a Tu lado,
Avivando esta hoguera de la fe,
Y sentirme pajarillo liberado.
Es, mi forma, simplemente, de querer,
Que mi alma, al final, sea de Tu agrado,
Porque Eres, Señor, mi Gran Poder.

Madre de Dios Bendita,

Ángel del cielo tallado,

Sagrario del Gran Poder,

Reina llena de quebranto,
Blanca Rosa de los cielos,
Suspiro del Padre Amado,
Aromática azucena,
Ramito de blancos nardos,
Abogada del consuelo,
Semilla de amor sembrado,
Te espera este pueblo entero,
Por las calles paseando,
Y Te cubrirán, Señora,
Los luceros y los astros,
En un palio sin medidas,
De los cielos elevados,
Y bambalinas de estrellas,
Como un jazmín nacarado,
Sostendrán ángeles bellos,
La noche del Jueves Santo.

(Cuarto Misterio Doloroso)

A cuestas con un madero,
Caminaba el Nazareno,
Para aliviarlo en Su carga,
Llamaron a un hombre bueno,
Y era tan grande la pena,
Al contemplar su figura,
Que bautizaron la calle,
Con el nombre de Amargura.

Y con Su cruz a cuestas, camino del Gólgota, va el Señor entre el inmenso cortejo, solamente acompañado de los traidores.

Y encontró al fin una mirada amorosa. El Divino Caminante siente unos pasos presurosos que vienen hacia Él. Unas cuantas mujeres llorando, que, valientes y decididas, llevadas por el amor que le tienen al Maestro, acompañan a la Madre del condenado a muerte. Y Jesús busca la única mirada que, en Su caminar por la tierra, encontró siempre y le supo a cariño y calor de hogar. Y las dos miradas se abrazan en la unión mutua del Espíritu Santo. ¡Se han encontrado la Madre y el Hijo y se han fundido en un mismo dolor...!

¡Ya va Jesús acompañado! ¡Ya ha encontrado, como en Belén, Nazaret y durante toda Su vida, el bálsamo a Sus Penas en Su duro caminar....! Pero, el dolor de la Madre ante el dolor del Hijo, y el dolor del Hijo ante la mirada de la Madre, en una unión profundísima de compenetración, los

ha lacerado y atravesado aún más profundamente con una misma espada de penas y dolores.

(Penas y Dolores)

No me miras, Jesús, pero Te veo,
A lo lejos, con el son con que caminas,
Y Tu rostro, dulcemente se adivina,
Desde el negro antifaz de mi deseo.
Voy siguiéndote, Señor, en Ti yo creo,
En Tu frente despejada y sin espinas,
En Tu honda mirada que ilumina,
El trajín de esta vida de ajetreo.
Sólo atisbo Tu espalda cuando ojeo,
Y Te pierdes al doblar alguna esquina,
Y mi mente, sin verte, Te imagina,
Con el leño, en un suave balanceo.
No me miras, Jesús, pero Te veo,
Veo Tus manos que sostienen la condena,
Tu figura, prominente y tan serena,
Caminando hacia el calvario como un reo.
Veo Tu enjuta cintura, Galileo,

Y Tus hombros, con el peso de La pena,

Voy siguiéndote, Señor, de nazarena,

Y en Tu senda de amor yo me recreo.

No me miras, Jesús, pero Te veo.

Y a Ti, Dolores Bendita,

De madurez exquisita,

Belleza de piel morena,

Se Te nota en la carita,

Esa tristeza infinita,

Por Tu Jesús de Las Penas.

Dulce mujer que prestaras,

Un santuario en Tu seno,

Para que allí se gestara,

El Hijo del Padre Bueno.

Pero, se volvió quebranto,

De lágrimas y de llanto,

Más amargo que la hiel,

Aquella alegría tan plena,

Con la noticia tan buena,

Del anuncio de Gabriel.
Inmenso Amor Tu mirada,
Por el dolor torturada,
De un hondo deseo ferviente,
Y en Tus labios dibujada,
Esa ternura esperada,
De poder besar Su frente.
Te acompaño, mi Dolores,
¡Ay, Virgen de mis amores!,
Tú eres mi devoción,
Y en Tu amor, vivo rendida,
Tu Pena llevo escondida,
Clavada en el corazón.

La calle, poco antes de su fin, torcía a la izquierda; se ensanchaba un poco, e iniciaba una cuesta. Había por allí un acueducto subterráneo que, cuando llovía, se llenaba de agua y lodo, por cuya razón habían puesto una piedra grande sobre él para facilitar el paso. Cuando Jesús llegó a este sitio, ya no podía andar. Y como los verdugos tiraban de él y lo empujaban sin misericordia, cayó contra esta piedra apoyando en ella Su mano derecha y con la cruz abrazada por Su mano izquierda.

La procesión había avanzado unos doscientos pasos desde que Simón ayudaba a Jesús a llevar la cruz, cuando una mujer de elevada estatura y de majestuoso aspecto, salió de una hermosa casa situada a la izquierda y se puso a caminar delante de la comitiva. Era Verónica que, se abrió paso a través de la multitud de soldados y esbirros, y llegó hasta Jesús, se arrodilló a Su lado y Le ofreció un lienzo, diciéndole: «Permite que limpie la cara de mi Señor.» Jesús cogió el paño, enjugó con él Su cara ensangrentada y se lo devolvió, dándole las gracias.

(Perdón y Salud)

Caminas al Calvario Rey del Cielo,
El peso de la Cruz Te ha doblegado,
Y cuerpo a tierra y desplomado.
Ya, por tercera vez, Te vas al suelo.
Verónica, Te ofrece su pañuelo,
Y Tú, limpias Tu rostro con cuidado.
La sangre del castigo se ha grabado,
En el blanco lienzo del consuelo.
Por los miles de veces que he caído,
Yo Te pido perdón. Mi gran pecado,
Es no levantarme en mis caídas.
Perdóname, Señor, Yo Te he ofendido,

Y Tú, con gran amor, me has perdonado,

Besando mi dolor y mis heridas.

En un suspiro de amor,

Yo te exalté, mi Señora,

Y vuelve a llegar la hora,

En otro suspiro de amor,

De contarte, Bella Flor,

Lo que mi alma atesora,

Tornándome en trovadora,

De Tu Divino Candor.

Tu Virginal Resplandor,

Y Tu perfecta Hermosura,

Tu carita de Dulzura,

Cautivó mi corazón.

Buscando la salvación,

De esta alma pecadora,

Que Te ruega y que Te implora,

Con singular letanía,

Preciosa Virgen María,
Que Eres en Tu barrio el Cetro,
Nacida de un Real Cedro,
Y unas manos bendecidas.
Salud para nuestras vidas.
Es Tu vientre candoroso,
Nido cálido y Glorioso,
Para Jesús del Perdón.
Cuna de La Concepción,
De Tu Hijo Mediadora,
Con Tu Gracia Sanadora,
Fuente de la Salvación,

Eran, las doce menos cuarto, cuando Nuestro Señor llevando Su Cruz sufrió la última caída. Llegó, al fin, al lugar donde iba a ser crucificado y echaron a Simón. Los bárbaros tiraron de Jesús para levantarlo; desataron los diversos trozos de la Cruz y los depositaron en el suelo. Los alguaciles lo tiraron al suelo para medirlo y burlándose e insultando a Jesús, le decían: "Rey de los judíos, vamos a componer tu trono". Pero Él mismo se acostó sobre la Cruz y lo extendieron para tomar la medida para los soportes de Sus pies y Sus manos.

Mientras tanto, subieron al Calvario, un grupo de mujeres. La Madre de Jesús, su sobrina María, Magdalena y Juan, se acercaron hasta el llano circular donde se hallaban las cruces; Marta, María de Helí, Verónica, Juana, Susana y María, madre de Marcos, se detuvieron a cierta distancia.

¡Qué horrible espectáculo para La Madre, ver este sitio del suplicio, los clavos, los martillos, las cuerdas, la terrible Cruz, los verdugos haciendo los preparativos para la crucifixión!

Los alguaciles quitaron a Nuestro Señor Su capa, el cinturón con el cual le habían arrastrado, y Su propio cinturón. Le quitaron después Su vestido exterior de lana blanca, y como no podían sacarle la túnica sin costuras que, Su Madre le había hecho, a causa de la corona de espinas, se la arrancaron con violencia de la cabeza, abriendo todas Sus heridas. No le quedaba más que Su escapulario corto de lana, y un lienzo alrededor de los riñones. El escapulario se había pegado a Sus llagas, y sufrió terribles dolores cuando se lo arrancaron del pecho. El Hijo del hombre estaba temblando, cubierto de llagas. Sus hombros y Su espalda estaban despedazados hasta los huesos. Le hicieron sentar sobre una piedra, le volvieron a poner la corona sobre la cabeza, y le presentaron un vaso con hiel y vinagre; pero Jesús, volvió la cabeza sin decir palabra.

En seguida, lo extendieron sobre la cruz, y habiendo estirado su brazo derecho sobre el aspa derecha de la cruz, lo ataron fuertemente; uno de ellos puso la rodilla sobre su pecho sagrado, otro le abrió la mano, y el tercero apoyó sobre la carne un clavo grueso y largo, y lo clavó con un martillo de hierro. Un gemido dulce y claro salió del pecho de Jesús. Su sangre saltó sobre los brazos de sus verdugos.

Después de haber clavado la mano derecha del Salvador, los verdugos vieron que la mano izquierda no llegaba al agujero que habían abierto. Entonces ataron una cuerda a Su brazo izquierdo, y tiraron de él con toda su fuerza, hasta que la mano llegó al agujero. Esta dislocación violenta de Sus brazos Lo atormentó horriblemente. Su pecho se levantaba y Sus rodillas temblaban.

Se arrodillaron de nuevo sobre Su cuerpo y hundieron el segundo clavo en la mano izquierda. Se oían los quejidos del Señor en medio de los martillazos.

La Virgen Santísima sentía todos los dolores de Su Hijo. Estaba pálida como un cadáver, y hondos gemidos salían de Su pecho. Los fariseos la llenaban de insultos y de burlas. Magdalena, estaba como loca.

Habían clavado a la cruz un pedazo de madera para sostener los pies de Jesús, pero los pies no llegaban. Llenos de furia, unos querían hacer nuevos agujeros para los clavos de las manos, otros vomitaban maldiciones contra Jesús: “No quiere estirarse, decían; pero vamos a ayudarlo”. Entonces ataron cuerdas a Su pierna derecha, y lo extendieron violentamente, hasta que el pie llegó al pedazo de madera. Fue una dislocación tan horrible, que se oyó crujir el pecho de Jesús, que exclamó diciendo: “¡Oh, Dios mío, Dios mío!” Habían atado Su pecho y Sus brazos para no arrancar las manos de los clavos. Fue un horrible padecimiento. Aton después el pie izquierdo sobre el derecho, y lo horadaron primero con una especie de taladro, porque no estaban bien puestos para poderse clavar juntos. Tomaron un clavo más largo que los de las manos, y lo clavaron, atravesando los pies y el pedazo de madera hasta el árbol de la cruz.

Crucificaron también a los dos ladrones y habiéndose repartido los vestidos de Jesús, los verdugos lanzaron nuevas imprecaciones contra Él, y se retiraron.

Los fariseos pasaron también a caballo delante de Jesús, diciendo: “¡Y bien, embustero: destruye el templo y levántalo en tres días! ¡Ha salvado a otros, y no se puede salvar a Sí mismo! ¡Si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz! Si es el Rey de Israel, que baje de la cruz, y creeremos en Él”. Los soldados hacían burlas también. Y los cielos se oscurecieron.

Entonces, Jesús dijo “Tengo sed” y un soldado puso en la punta de un palo una esponja con vinagre, y la arrimó a los labios de Jesús, El soldado le dijo: “Si eres el Rey de los judíos, sálvate Tú mismo”.

(Amor y Esperanza)

Cristo nuestro del Amor,
Que en la tarde vas saliendo,
Soportando el sufrimiento,
En la Cruz de Tu dolor.
Yo siento rubor, Señor,
Pues, mis pecados Te humillan,
Y me clavo de rodillas,
Para pedirte perdón.
Tú, que tienes la misión,
De entregarte hasta la muerte,

Haz que mi alma despierte,
Y se rinda a Tu enseñanza.
Que no ceda en la balanza,
De este mundo de injusticia,
Y yo ponga una caricia,
En el hermano que sufre.
Que Tu Amor, Señor, alumbre,
Este torpe corazón,
Que no atiende a la razón,
Del porqué de Tu agonía.
Dame Tú, sabiduría,
Para poder comprender,
Porqué tienes que beber,
El vinagre de amargura.
Se cumplirán escrituras,
Que al ser humano liberte,
Y pagarás con Tu muerte,
En una cruz de pasión.
Perdóname la traición,
Señor, yo te lo suplico,

Que hoy, de nuevo sacrifico,
Con mi ignorancia, Tu Ser.
Si Tú me mandas querer,
Y el mensaje es sencillo,
¿Por qué le pongo pestillos,
Al corazón para amar,
Y no soy capaz de dar,
Lo que me tienes mandado?
“Ama, como yo te he amado”,
Es Tu Divino mandato.
Y hoy me embarga el arrebató,
De no saberlo cumplir,
Ayúdame a redimir,
La amargura de esta pena,
Conviérteme en Magdalena,
Aunque, sólo sea un momento,
Para endulzar el lamento,
De Tu triste padecer,
Deja que sea la mujer,
Que Te limpie las heridas,

Y la lección aprendida,
Reconforte Tu dolor,
Para que siempre, en mi vida,
Ponga amor, Señor, Tu Amor.

No sé si sabré expresarte,
Lo mucho que yo Te quiero,
Esperanza, Tú, eres mi baluarte,

La Joya de mi joyero,
Perla de las maravillas,
La Luz de mi candelero,
Eres mi mar sin orillas,
Del cielo el mejor lucero,
Faro de mis tempestades,
Amor de Madre certero,
Calma de mis ansiedades,
Luminaria en mi sendero,
Sagrario de Cristo Vivo,
Cuna humana del Cordero,
Eres el seno Divino,

Del Amor más verdadero,
Tú, eres la misericordia,
En Ti, confío y espero,
Fuente clara de concordia,
De los más altos veneros,
Eres mi paz y mi calma,
Mi bastón y mi asidero,
Tú eres Rocío del alma,
Que me cala hasta los huesos,
Eres Madre Soberana,
Eres timón de mis sueños,
Y Eres la brisa temprana,
Que refresca mis desvelos,
Eres Bella entre las bellas,
Madre de Dios, Virgen Santa,
Que pariste a Tu Hijo,
Siendo mocita y sin mancha,
Tú carita me encandila,
Y en Tu boca, yo me pierdo,
Me encanta verte asomar,

Ese pelito tan negro,
Y si me miro en Tus pupilas,
El sentío ahí, lo pierdo,
Porque al pararme en Tus ojos,
Ay! Madre mía de mi alma,
Es que ya, ni Te lo cuento,
Porque tienen esa hondura,
De un pozo de Amor eterno,
Donde yo encuentro la calma,
Que me dan Tus dos luceros.
Guíame por el camino,
Virgencita, Te lo ruego,
Que mi amor es peregrino,
Y espero verte en el cielo,
En Ti consiste mi espera,
Tú eres mi confianza,
Porque sé que, nada acaba,
Todo empieza en Ti, Esperanza.

Jesús levantó un poco la cabeza, y dijo: “¡Padre mío, perdónalos, porque no saben lo que hacen!”. Gestas, el ladrón, le gritó: “Si Tú eres Cristo, sálvate y

sálvanos”. Dimas, el buen ladrón, estaba conmovido de ver que Jesús pedía por sus enemigos.

Cuando María oyó la voz de su Hijo, nada pudo contenerla. y se precipitó hacia la cruz con Juan, Magdalena y María, la de Cleofás. Y Dimas seguía diciendo: “¿Cómo podéis injurarlo cuando pide por vosotros? Se ha callado; ha sufrido pacientemente todas vuestras afrentas; es un Profeta; es nuestro Rey, el Hijo de Dios”. “Señor, si me condenas, será con justicia; pero ten misericordia de mi”. Jesús le dijo: “Tu sentirás mi misericordia”.

María pedía interiormente que Jesús la dejara morir con Él. Y El Salvador la miró con ternura, y volviendo los ojos hacia Juan, dijo a María: “Mujer, éste es tu hijo”. Después dijo a Juan: “Esta es tu Madre”. Juan besó respetuosamente el pie de la Cruz del Redentor moribundo, y a la Madre de Jesús, que era ya la suya y la de toda la humanidad.

La Virgen Santísima se sintió tan acabada en Su Mayor Dolor al oír estas últimas disposiciones de su Hijo, que cayó en los brazos de las santas mujeres, que la llevaron a cierta distancia.

La tranquilidad reinaba alrededor de la Cruz de donde todo el mundo se había alejado. El Salvador estaba absorto en el sentimiento de Su profundo abandono; volviéndose a Su Padre celestial, le pedía con amor por Sus enemigos. Oraba como en toda Su Pasión, repitiendo pasajes de los Salmos que se cumplían en Él. Jesús quedó solo y sin consuelo. Sufría, todo lo que sufre un hombre afligido, lleno de angustias, abandonado de todo amparo divino y humano.

(Abandono y Mayor Dolor)

Jesús, en Tú Cruz abandonado,
Víctima del agravio y del olvido,
Contempla cómo el mundo enloquecido
Camina por las sendas del pecado.
¿Cuántos Pedros cobardes Te han negado?
¿Cuántos Judas traidores Te han vendido?
¿Y cuántos pecadores hemos sido,
Los que abrimos de nuevo Tu costado?
Pero aquí tienes, Señor, Tu cofradía,
Y Tus fieles, que Te aman a porfía,
Con su Cristo, al que llevan con encono,
Consolándote, Jesús, Su bien amado,
Siempre fuertes, permanecen a Tu lado
Y Nunca, nunca más sufrirás el abandono.

Que cruel ha sido este mundo,
Que a Tus ojos tan Divinos,
Han querido hacer llorar,
Sufriendo, porque es Tu sino,
Con el dolor más profundo.

¡Llévala contigo al cielo!,
¡Ponle corazón, valiente!,
Que tú sólo, costalero,
Sabes bien lo que se siente,
Al levantarla del suelo.
¡Colma a Tu Madre de amor!,
Que se convierta en consuelo
Y lleve a Su corazón,
Tu cariño y tu desvelo,
Y el sedante a Su dolor.
En Su rostro atormentado,
Se refleja claramente,
La pena que ha soportado
Viendo a Su hijo sufriente,
En la Cruz y abandonado.

La hora del Señor habla llegado: luchó contra la muerte, y un sudor frío cubrió Su cuerpo.

La Virgen Santísima, Madre de Dios, estaba de pie entre Jesús y el buen ladrón, y veía morir a Su Hijo. Entonces Jesús dijo: "Todo está consumado." Después, alzo la cabeza, y gritó en voz alta: "Padre mío, en

tus manos encomiendo mi espíritu". Fue un grito dulce y fuerte, que penetró cielo, tierra y mar. En seguida inclinó la cabeza, y rindió el espíritu.

Cuando el Salvador encomendó Su alma humana a Dios, y entregó Su cuerpo a la muerte, el Cuerpo Sagrado se estremeció, y se puso de un blanco lívido, y Sus heridas, en las que la sangre se había agolpado en abundancia, se mostraban como manchas oscuras; Su cara se estiró; Sus mejillas se hundieron, Su nariz se alargó, Sus ojos, se quedaron medio abiertos; levantó un instante la cabeza coronada de espinas, y la dejó caer bajo el peso de sus dolores; los labios, lívidos, se quedaron entreabiertos; Sus manos, contraídas primero alrededor de los clavos, se extendieron ; Su espalda se enderezó a lo largo de la cruz, y todo el peso de Su cuerpo cayó sobre Sus pies; las rodillas se encogieron,

(Cristo del Mar y Madre de Dios, Luz y Esperanza)

La mar Te llevaba en ondas,

Dibujando Tu reflejo,

Sobre olas que son andas,

Para el Cristo marinero.

Bendito barco que zarpa,

Con capitán tan certero,

Y oraciones de agua clara,

Salitre en lugar de incienso.

Y Te llevan en volandas,
Olas que son costaleros,
Y las velas de las barcas,
Capirotos nazarenos.
Bello atardecer de plata,
Y una campana y su eco,
Y un timonel, que ya manda,
¡Vámonos con Él al Cielo!
Jesús, Cristo de la Mar,
Tus brazos en Cruz abiertos,
Saben a abrazo de Sal,
Santo Cristo Marinero.

Madre de Dios que no estás,
En Tu camarín Sagrado,
Y el murmullo de las olas,
En la tarde se ha calmado,
Porque, ya vas mi Señora,
Detrás del Crucificado.
Madre de Dios y Nuestra,

Luz y Esperanza anhelada,
Que alegría es sentir,
Por las calles Tus pisadas,
De este pueblo que se rinde,
A Madre tan esperada.
La Atunara, barrio añejo,
De la gente de la mar,
Se ha convertido en espejo,
Azul con olas de plata,
Donde Tú, Virgen Bendita,
Puedas mirarte la cara.
La Virgen del Carmen dice,
Que en La capilla Te espera,
Que Le cuentes que se siente,
Por La Línea cofradiera,
Y a La Patrona, en Su Nombre,
Un saludo le traieras.

(Quinto Misterio Doloroso)

En el Monte del Calvario,
En una Cruz Lo pusieron,
Malditos sea esos clavos,
Que pies y manos hirieron,
En Sus momentos postreros,
Después de larga agonía,
Se oscurecieron los cielos,
Al ver que Cristo moría.

Pronto llegaron seis alguaciles con escalas, azadas, cuerdas y barras de hierro para romper las piernas a los crucificados.

Y la Virgen Santísima de La Amargura, temía que ultrajasen aún más el cuerpo de su Hijo. Aplicaron sus escalas a la cruz para asegurarse de que Jesús estaba muerto.

Como vieron que el cuerpo estaba frío y rígido, lo dejaron, y subieron a las cruces de los ladrones. Los verdugos dudaban todavía de la muerte de Jesús y el modo horrible con que habían quebrado los miembros de los ladrones, hacía temblar a las santas mujeres por el cuerpo del Salvador.

Entonces, Longinos, empuñó su lanza, y dirigió su caballo hacia la elevación donde estaba la cruz.

Se paró entre la cruz del buen ladrón y la de Jesús, y tomando su lanza con ambas manos, la clavó con tanta fuerza en el costado del Señor, que la punta atravesó el corazón. Cuando la retiró, salió de la herida gran cantidad de sangre y agua que, llenó la cara del romano, como un baño de

salvación y de gracia. El romano se apeó del caballo, se arrodilló y arrepentido, se confesó a Jesús por su Bendita Misericordia.

(Misericordia y Amargura)

Ya las campanas van avisando,

Las nueve en punto en el reloj,

Se abren las puertas del Santuario,

Misericordia de la Pasión.

Pinta la calle de rojo y negro,

Un devoto río de devoción,

Negro del luto y Roja la Sangre,

Que fue entregada por El Señor.

Misericordia, Señor amado,

Por los que viven, siempre llorando,

Por cuantas madres haya en el mundo

Que vean a un hijo sacrificado,

Revolotea ya por La Plaza,

La Cruz Amarga del Redentor,

Y El Cristo amado, que va sin andas,

A pie de calle, murió de amor.

¡Qué triste La Madre va,
Con Su tremenda Amargura!,
Que La hiere sin medida,
Sin descanso y sin piedad.

Y aunque grande es Su pesar,
Más grande es la Hermosura,
De esta Divina Criatura,
De belleza sin igual.

Su Palio Rojo es jardín,
De la eterna primavera,
Que va cuajado de cera,
Y Rosas de pitiminí.

Y en la noche tan oscura,
Que muere El Misericordia,
Siempre, esperando Su Gloria,
La Virgen de la Amargura.

Cuando la oscuridad y la inquietud aumentaron, agitando las conciencias, se extendió sobre el pueblo de La Línea un profundo silencio.

Silencio y duelo que reinaban alrededor del cuerpo de Jesús, que estaba lívido y más pálido que antes, porque, se había entregado a la muerte. Mientras el silencio y el duelo reinaban sobre el Gólgota, en San Pío, el cielo estaba oscuro, y la naturaleza parecía enlutada.

María de la Concepción, estaba al pie de la cruz con Juan, el amado Evangelista.

(Silencio y Concepción)

¡Silencio, Por Dios, Silencio!

Que ya viene Jesús muerto,

En el árbol de la Cruz,

Velando Su cuerpo inerte,

Cuatro hachones de luz,

Y hasta la cera es doliente.

Tiene Su cuerpo Sagrado.

En el madero pendiente,

Por las muñecas clavado,

Este Cordero Inocente,

Y los pies, por separado,

Le han clavado tan cruelmente.

En Su divino costado,
La lanzada se adivina,
Fuente de donde ha brotado,
Sangre al entregar la vida,
E Inclínada Su cabeza,
Sin la corona de Espinas.
¡Silencio, por Dios, silencio!

.....

Mirándolo está Su Madre,
Va llorando amargamente,
Y el Sagrado Evangelista,
Que también está presente,
Consolando el desconsuelo,
De una Madre tan doliente.

Ella recorre el sendero,
De aquellas huellas Divinas,
Siguiendo amores certeros,
En amarga penitencia,
Detrás del crucificado,
Que cuelga sobre el madero,

Toda silencio, sella Sus labios,
Con Su Esperanza en el corazón,
La muerte hiere con triste saña,
En la presencia del Hijo muerto,
La carne amada de Sus entrañas,
Llora en silencio La Concepción.

Tras la muerte de Jesús, José de Arimatea, pidió a Pilato Su cuerpo para, darle sepultura en un sepulcro nuevo que, había mandado construir en un lugar cercano al Calvario. José y Nicodemo, llevaban consigo, esencias aromáticas, ungüentos, una sábana de rica factura y todo lo necesario para, descender al Señor de la Cruz y embalsamar el Sagrado Cuerpo. Nicodemo y José pusieron las escaleras detrás de la cruz, y subieron con una sábana.

Cuando descendieron Su Cuerpo, lo envolvieron desde las rodillas hasta la cintura, y lo pusieron en los brazos de Su Madre, que se los tendía con una enorme Angustia. La Virgen Santísima Se había sentado sobre un cobertor tendido en el suelo. Su rodilla, un poco levantada, y su espalda, estaban apoyadas sobre unas capas juntas. Lo habían dispuesto todo para, facilitar a esta Madre, los tristes honores que iba a dar al cuerpo de Su Hijo. La sagrada cabeza de Jesús estaba apoyada sobre la rodilla de María; Su cuerpo estaba tendido en una sábana. La Virgen Santísima tenía por última vez en Sus brazos el cuerpo de Su querido Hijo, a quien no había podido dar ninguna prueba de amor en todo Su martirio; contemplaba Sus heridas y cubría de besos Su rostro ensangrentado.

(Almas y Angustias)

El Cuerpo de Cristo ya reposa,
En los brazos de Su Madre triste,
Y es tanto el dolor que en Ella existe,
Que Angustias por Su Alma le rebosa.
En Su pálida cara, el desconsuelo,
Nublados de llorar tiene los ojos,
Al contemplar del Hijo los despojos,
Que lleva en Su regazo con anhelo.
Y mientras que la noche se ha vestido,
De luto y de dolor con su negrura,

La Línea, a Su Piedad, ya se ha rendido,

El culmen colosal de la hermosura.

La Virgen Santísima conservaba un valor admirable en Su inmenso dolor. No podía dejar el cuerpo de Su Hijo en el horrible estado en que lo había puesto el suplicio, y por eso comenzó, con una actividad infatigable, a lavarlo y a limpiarle las señales de los ultrajes que había recibido. Sacó con la mayor precaución la corona de espinas, abriéndola por detrás y cortando una por una las puntas clavadas en la cabeza de Jesús, para no abrir las heridas con el movimiento.

Lavó las llagas de la cabeza, la sangre que cubría los ojos, la nariz y las orejas. Con una esponja y un pañito extendido sobre los dedos de su mano derecha, limpió, del mismo modo, Su boca entreabierta y Sus labios.

Cuando había limpiado la cara del Señor, Su Madre, la besó con ternura. María lavó todas las llagas y se ocupó de embalsamar todas las heridas. Ungió también el pelo. Tomó en Su manos las manos de Jesús, las besó con amor y ternura y llenó de unguento y de aromas los agujeros profundos que habían hecho los clavos.

José y Nicodemo, hacía rato que esperaban, cuando Juan, acercándose a la Virgen, le pidió que se separase de Su Hijo para que pudieran acabar de embalsamarlo y darle sepultura.

María abrazó otra vez el cuerpo de Su Hijo, y se despidió de Él con una tremenda sensación de Soledad. Entonces los hombres lo tomaron de los brazos de Su Madre en la sábana donde estaba puesto y lo colocaron sobre unas andas y se dirigieron hacia el sepulcro.

(Santo Entierro y Soledad)

José, le presta el sepulcro;
Juan, el amado, lo abraza,
Y María, en Su Soledad,
Le está besando la cara,
Queriendo borrar heridas,
Por donde la muerte pasa...
¡Callad! Que Jesús, va muerto,
Y aunque no diga palabra,
Está redimiendo al mundo,
Y va rezando plegarias,
En el silencio discreto,
Que el Viernes Santo demanda.
¡Callad!, que Jesús, va muerto,
Pero, nos dio la Esperanza,
No lo enterréis todavía,
Que el Cristo Muerto nos ama,
Y amando, espera en la noche,
A la tercera mañana.

Sólo Te queda llorar,
Llorar, como llora el alma;
Sólo te queda, María,
El rumor de Su palabra,
¿Qué más te queda, Señora?
Tu corazón, desbordado,
Por el frío de la espada,
Y una Cruz que brilla en alto,
Que ha enlutado Tu mirada...
Jesús, ha muerto y la noche,
Le está tapando la cara,
Con sudarios de tristeza,
Y un rio enorme de lágrimas;
Y Tú, Le esperas, María,
Le esperas, sin decir nada.
Sólo, rezas en silencio,
Con emotivas plegarias,
Y el crepitar de la cera,
Del pueblo, que Te acompaña,

También espera contigo,
A que Jesús, vuelva al alba.
Mientras, Te queda llorar,
Llorar, como llora el alma,
Sólo nos queda, Señora,
Una terrible ansiedad,
Y los brazos suplicantes,
De Tu amarga Soledad.

Jesús, fue enterrado en el sepulcro nuevo que había preparado José de Arimatea. Al amanecer del domingo, María Magdalena y otras piadosas mujeres fueron pero, la piedra que cerraba la entrada había sido movida, y el cuerpo del Señor no estaba allí.

(Primer Misterio Glorioso)

Vaya Misterio más grande,
Que esta el Sepulcro vacío,
Señal de que Jesucristo,
A la muerte ya ha vencido,
Bajó a la tierra hecho hombre,
Pa' redimir los pecados,
Y ahora Se vuelve allí arriba,
Con Su trabajo acabado.

(Quinto Misterio Glorioso)

Que canten Los Querubines,
Y repiquen las campanas,
La Virgen tiene corona,
Dios la ha nombrao Soberana,
Y Su pueblo que La adora,
Arrodillao a Sus plantas,
Con Esperanza le reza,
A Esa Inmaculada Santa.

(Resucitado)

Tú, Señor, presencia viva,
Protagonista en los hechos,
De la historia más divina,
A través de tantos tiempos.
Espiga en trigal de oro,
De la vid, uva escogida,
Que sufrirá hasta la muerte,
Y saltará en mil pedazos,
En vino y pan convertida,
Como símbolo cristiano,
Del triunfo de la vida.

He dicho.

